LA «VÖLKERPSYCHOLOGIE» Y EL PROBLEMA DE LA CIENCIA*

A partir de 1876 el problema de la ciencia española adquiere un auge de polémica que enfrentó al joven Menéndez Pelayo con dos grupos de antagonistas: extremistas liberales unos (Azcárate, Revilla, Salmerón, Perojo) y reaccionarios acérrimos otros (Pidal y Mon, P. Fonseca).[1] Coleccionados estos artículos, cartas, respuestas y contrarrespuestas, que habían ido apareciendo en revistas y periódicos en medio del fragor del debate, don Marcelino publicó, en ese mismo año, un tomito con el ambicioso título de *La ciencia española* (1876), que fue aumentando de volumen en las ediciones siguientes (1880 y 1887) con la edición constante de nuevos materiales de polémica. El principal mérito de dicha obra no consistía, según su propio autor, en la parte polémica, ya que ésta pasa con las circunstancias, sino en el «Inventario bibliográfico», una especie de «catálogo de los autores y libros españoles más dignos de memoria en cada ciencia»,[2] como aclara en las páginas introductorias. Este esfuerzo del joven crítico representa un primer intento serio de reivindicación

* Ponencia presentada en el Coloquio mencionado en p. 137.

[1] Laín Entralgo, Pedro: *España como problema* (Madrid: Aguilar, 1962), pp. 14-38.

[2] Menéndez Pelayo, Marcelino: *La ciencia española* (Santander: CSIC, 1953), I, 5.

de la ciencia nacional entre los modernos, con la gran aportación de haber despertado en muchos espíritus la conciencia del problema.

Este problema de la ciencia en la España de fines del siglo está en muchos aspectos vinculado a los supuestos de la *Völkerpsychologie,* teoría socio psicológica muy en boga en Europa —particularmente en Alemania—, y que había penetrado los Pirineos directamente a través de la literatura francesa y de la revista *Romania.*

El término *Völkerpsychologie* («etnopsicología», «psicología de los pueblos») data de mediados del siglo XIX. Fue introducido en 1851 por los «dióscuros» de la lingüística alemana: Moritz Lazarus (1824-1903), filósofo y sociólogo, y Heymann Steinthal (1823-1899), discípulo y continuador de W. v. Humboldt, y un «gran psicólogo lingüista,» según Menéndez Pidal.[3]

Entre los intelectuales españoles de la época abundan las referencias tanto a este movimiento psicologista como a sus representantes. Ya en 1887 escribía Unamuno: «La psicología como ciencia data de este siglo. Las ciencias naturales, absorbiéndola, la han hecho progresar. De hoy son la psicología del niño, la del loco, la del criminal y el idiota, la de los animales, la del salvaje y, finalmente, la de los pueblos».[4] Y recuerda los nombres de sus fundadores (Lazarus, Steinthal y Waitz), en cuya escuela se están realizando curiosísimos estudios sobre psicología comparada. En el Prólogo a *En torno al casticismo* señala el gran impacto que estos movimientos han causado en España, y hasta destaca algunos títulos de

---

[3] Menéndez Pidal, Ramón: *Romancero Hispánico* (Madrid: Espasa-Calpe, 1953), I, 23. Nuestro medievalista se muestra gran admirador de Steinthal y de las conclusiones a que éste llegó tras sus estudios sobre la lírica popular italiana: la poesía natural *(Naturdichtung)* es la poesía del pueblo, brotada de la misma esencia de su «espíritu» *(Volksgeist).* La «poesía comunal» es la expresión de una colectividad poetizante, como el panal lo es del trabajo comunitario de las abejas.

[4] Unamuno, Miguel de: *Obras completas* (Madrid: Escelicer, 1968), IV, 154.

una abundante literatura sobre la «psicología de nuestro pueblo»: *Idearium español,* de Ganivet; *El problema nacional,* de Macías Picavea; la obra de Costa; *La moral de la derrota,* de Morote; *El alma castellana,* de Azorín; *Hampa,* de Salillas; *Hacia otra España,* de Maeztu, y *Psicología del pueblo español,* de Altamira.[5]

Nuestro gran erudito Menéndez Pelayo no podía ser ajeno a los avances de esta «ciencia novísima», como él la califica. En *Historia de las ideas estéticas en España* (1882-1891) adelanta que fue J. F. Herbart (1776-1841) el iniciador de una psicología no individual, sino colectiva: «Herbart comprendió —escribe— que era posible una *psicología de los pueblos,* una *psicología étnica*».[6] La *psicología etnográfica, la Völkerpsychologie,* «ha alcanzado entre sus discípulos extraordinario desarrollo..., fecundísimo en resultados para la crítica literaria y para la lingüística» (pág. 321). Y aporta nombres y títulos de obras, que han dado carácter a esta escuela: La *Psicología de los pueblos primitivos,* en seis volúmenes, de Waitz; *La vida del alma (Das Leben der Seele,* 1856-57), de Lazarus, y la revista *Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft,* editada, desde 1851, por Steinthal y Lazarus —con los colaboradores Delbrück, Tobler y Cohen—, como órgano de la «nueva ciencia», y «consagrada, como su mismo título lo indica, a la psicología de las razas y a las leyes fisiológicas del lenguaje, a todo lo que parece emanar del espíritu colectivo de los pueblos, llamados por Lazarus y Steinthal *Volkgeist*» (pág. 322). Idénticas alusiones a la «psicología de los pueblos» encontramos en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria,* cuando al subrayar don Marcelino el «saber popular» del folklorista Rodríguez Marín, afirma que «el *folk-lore* es considerado como rama de las ciencias antropológicas y como

---

[5] Unamuno, I, 775. Para una lista más extensa sobre estudios de psicología colectiva, véase Giménez Caballero: *El genio Español* (Madrid: La Gaceta Literaria, 1934), pp. 79-81.

[6] Menéndez Pelayo, Marcelino: *Historia de las ideas estéticas en España* (Buenos Aires: Editorial GLEM, 1943), III, 319.

parte esencialísima de la que Lazarus y Steinthal llamaron *Völkerpsychologie* (psicología de los pueblos)».[7]

Esta «nueva disciplina» *(neue Wissenschaft)* representa, pues, la aplicación de los métodos científicos de la psicología naturalista al «pueblo» como colectividad social. Su propósito es bien definido: hallar en las condiciones naturales (geografía, paisaje, clima, medio, raza) una explicación *científica* a los productos y manifestaciones culturales de los pueblos. Para esta ciencia, todos esos elementos de cultura (lengua, literatura, arte, ciencia, religión, mitología, etc.) son esencialmente procesos mentales, expresiones de actividades psicológicas, *no* de un individuo aislado, sino de esa comunidad social «pueblo». Esta colectividad es sinónimo de «espontaneidad» y se opone a esa noción de *cultura* representante de relaciones universales que borran peculiaridades nacionales y fronteras. Esto explica el ambiente de primitivismo, de psicología arqueológica, de prehistoria, que predomina en los estudios de la «psicología de los pueblos», y ese acudir al pasado, en busca de elementos tradicionales, de caracteres peculiares que nos revelen la genuina alma nacional.

Intentos de caracterización de los pueblos se dan desde muy antiguo, apoyados en el *medio*. En España, el doctor Juan de Huarte es un vivo ejemplo para Unamuno.[8] Pero es en el siglo XIX, como nos ha informado Menéndez Pelayo, cuando esas corrientes toman cuerpo al ser consagrada la psicología como ciencia social. John Lubbock y Taylor en Inglaterra, y Gobineau y Taine en Francia, pudieran encabezar una gran lista. Insisto, lo nuevo de la «psicología de los pueblos» es haber utilizado con categoría de *ciencia* esos factores naturales (paisaje, clima, raza) y la historia en su sentido pasivo, tradicional, de sustrato, acumulación de hechos, muestrario remanente del pasado, testimonio perenne del alma nacional.

---

[7] Menéndez Pelayo: *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria* (Santander: CSIC, 1941), V, 50.
1941), V, 50.

[8] Unamuno: *Obras*, IV, 155.

Sobre el telón de fondo de estos presupuestos, las posturas y testimonios en torno al problema de la ciencia española cobran plena luz y sentido.

Como corolario o «lazarillo» del tema general de la decadencia histórica, brota éste de la falta de ciencia, del atraso cultural español. A pesar de aquel intento reivindicativo del don Marcelino joven, la visión negativa y pesimista prevalece entre los críticos, bien alimentada por escritos de dentro y más de fuera. Ortega y Gasset refleja más tarde esta actitud, una vez leída *La ciencia española:* «antes de su libro entreveíamos ya que en España no había habido ciencia; luego de publicado se vio paladinamente que jamás la había habido. Ciencia, no; hombres de ciencia, sí».[9] Y a renglón seguido: «En España no hay sombra de ciencia. Podrá haber algún que otro científico: como dice el refrán italiano 'non è si triste cane che non meni la coda'. El caso Cajal, y mucho más el caso Hinojosa, no pueden significar un orgullo para nuestro país; son más bien una vergüenza, porque son una casualidad». Estas quejas de Ortega no son sino un eco de aquellas de Pardo Bazán, cuando al tratar de explicar, en París, la negación en España de todo movimiento científico y cultural, ante el caso Ramón y Cajal, añadía: «pero la excepción, en nuestra raza, donde el individuo superior apenas influye sobre la colectividad, no sirve más que para confirmar la regla.[10]

Ante esta lacra de caracterología nacional, historiadores, viajeros y psicólogos se plantean constantes interrogantes, influidos por las teorías de la «psicología de los pueblos»: ¿existe una ingénita incapacidad del español para la ciencia? ¿Es el medio fisiológico responsable del atraso cultural de este pueblo? ¿Es España un pueblo caído para siempre? Julián Juderías, en *La leyenda negra,* nos da una gran lista de críti-

---

9 Ortega y Gasset, José: *Obras completas* (Madrid: Revista de Occidente, 1966), I, 41.

10 Pardo Bazán, Emilia: *La España de ayer y la de hoy* (Madrid: A. Avrial, 1899), p. 84.

cos, españoles y extranjeros, que han intentado explicar, desde las más arbitrarias perspectivas, este marasmo nacional.

Tanto la herencia racial —gotas de sangre ibera, árabe o semita—, como el medio naturalista de la Península —esos dichosos Pirineos que nos separan de Europa y nos encaran al Africa— han dado lugar a las más peregrinas hipótesis. El orgullo y el fanatismo del ingenio español son culpables de casi todos los males patrios, desde la soledad y aislamiento internacional hasta su dureza nativa —ya con los animales domésticos, ya con otros hombres, ya consigo mismos—, dureza que es signo característico de la raza ibera, berebere y semita, según Alfrède Fouillée. Para el alemán Schulten, los iberos y los bereberes tienen como rasgo característico la falta de cultura, es decir, la incapacidad de ser cultos y de asimilar la cultura de otros. Simons opina que con la expulsión de los judíos (y en esto se adelanta a Américo Castro) desaparecieron de España para siempre la ciencia, la industria y la mano de obra; y la ignorancia imperante, la inmovilidad mental, es debida a la tiranía mental del clero.

El clima es muy traído y llevado. Conocida es la peregrina tesis de Buckle, quien pretende explicar la ineptitud científica española acudiendo a la influencia perniciosa de volcanes y terremotos, frecuentes, según él, en la Península. Para otros es el sol canicular, africano, el que seca los intelectos. Rafael Salillas, otro extremista del medio y de la doctrina psicofisiológica, sostiene la tesis de que «la variedad de destemplanzas climatológicas produce las diferencias de ingenio»,[11] y culpa a la pobreza del suelo de muchas de las lacras nacionales. El influjo climatológico es igualmente subrayado por José María Salaverría. En *Alma vasca* distingue dos clases raciales en la región cantábrica: un ejemplar original —escaso hoy—, parecido al «hombre alpino», al *marchand de marrons,* y otro —más frecuente— aguileño, nervioso, noble y fino (do-

---

11 Salillas, Rafael: *Un gran inspirador de Cervantes. El doctor Juan Huarte y su «Examen de ingenios»* (Madrid: Imprenta de Eduardo Arias, 1905), p. 69.

licocéfalo), relacionado con el castellano del sur. Estos últimos son propensos a enfermedades varias: tuberculosis, pérdida de dientes, neurosis, manías, misantropía, timidez, tics nerviosos, alcoholismo. El clima deprimente de esta zona inclina a la incontinencia, a un abuso en el trabajo, en la ambición y en la sensualidad. «El clima del Cantábrico —escribe— es favorable a los desequilibrios neuróticos... La codicia del beber es una pasión que ataca a casi todos los pueblos húmedos, nubosos, frescos o fríos».[12] Estos desequilibrios nerviosos hacen que abunden locos, arlotes, *chorúas* o chiflados. Y el alcoholismo es, según Salaverría, un efecto de esta predisposición latente en el pueblo. Pero basta de estos testimonios peregrinos que nos llevarían al infinito.

En 1894, lejos ya de *La ciencia española,* Menéndez Pelayo publicó un artículo, «Esplendor y decadencia de la cultura científica española», en *La España Moderna.* En él expone su «nueva» visión de la ciencia española, «gloriosa» en la Edad Media y siglo XVI, pero «páramo desierto, inclemente y estéril» en la actualidad. Al intentar descubrir las causas de este atraso cultural, observa el gran distanciamiento entre Europa y España, que hace que ésta tenga que vivir de ciencia importada. Pero se opone enérgicamente contra quienes hablan de una nativa incapacidad científica que imposibilita al español para nada serio fuera de toros y castañuelas. Y contra los etnopsicologistas que abogan por una solución basada en la herencia racial, afirma que es absurdo traer a colación las gotas de sangre árabe, herencia de una convivencia secular. España es una paradoja cultural para don Marcelino. En este país de idealistas, místicos y caballeros andantes, afirma, no es la ciencia pura la que ha florecido con más pujanza, sino el rudo empirismo, lo que él llama «americanismo», «utilitarismo de los Yankees», causa principal de esta decadencia cultural. La Facultad de Ciencias —la eterna «Cenicienta»— no recibe colaboración alguna del gobierno. Sus ataques fina-

---

12 Salaverría, José María: *Alma vasca* (Madrid: Enciclopedia, sin fecha), p. 179.

les van contra el sistema de admisión vigente, exámenes, imposición de programas y plazos fijos, y contra las oposiciones, aunque reconoce son el mejor dique existente contra la arbitrariedad burocrática. La regeneración científica de España, concluye, sólo sonará cuando exista una Facultad de Ciencias respetada y los españoles se convenzan de la utilidad de la «ciencia inútil».

Ramón y Cajal sintió igualmente la angustia del atraso científico nacional. El discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias, en 1887 («Los tónicos de la voluntad»), representa su concepción del poblema: «Lejos del pedante y satisfecho engreimiento característico de muchos funestos políticos y de no pocas orondas sumidades de la cátedra —escribe—, el buen maestro debe tener plena conciencia de la nacional incultura y de nuestra pobreza científica. Tendrá siempre presente que España está desde hace siglos en deuda con la civilización».[13] Pero su *optimsimo crítico* —que Godó llamó *paradójico*— le hace tener una fe robusta en las aptitudes y destinos de la raza. Niega toda incapacidad nativa del español para la ciencia y analiza críticamente los pros y contras de las explicaciones propuestas por muchos propagadores de los postulados de la «psicología de los pueblos»: *Teorías Físicas:* «Hipótesis térmica», «oligohídrica» (defendida por Malladas, Costa, Picavea, Jiménez, Valdivielso, Maeztu y otros) y *Teorías Político-morales:* la «económico-política», «sostenida por casi todos nuestros estadistas y pensadores, desde Cánovas y Silvela hasta Pi y Margall y Costa» (pág. 144), y las hipótesis del «fanatismo religioso» y del «orgullo nacional». Pero todas estas teorías son explicaciones parciales para el gran histólogo. El origen de esta lacra nacional radica en la «segregación intelectual». «La causa culminante de nuestro retardo cultural —escribe—, no es otra que el *enquistamiento espiritual* de la Península... La frase 'Santiago, cierra España' no fue sólo el grito de combate de nuestros guerreros, sino la divisa de nues-

[13] Ramón y Cajal, Santiago: *Los tónicos de la voluntad* (Buenos Aires-México: Austral, 1941), 132.

tros sabios» (pág. 155). En la búsqueda de remedios, Cajal recuerda la obligación del Estado de desarrollar una *política científica,* y sugiere la «inoculación de ciencia europea», ya importando profesores de fuera, ya haciendo efectiva la «europeización» de nuestro profesorado.

José Rodríguez Carracido dedica todo un libro, *Estudios histórico-críticos de la Ciencia española,* a la exposición y solución del problema que venimos tratando. La base de este libro fue una conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid, el 6 de abril de 1896, con el título original de «Aptitudes de los españoles para el cultivo de las ciencias», que en el capítulo IV cambia a «Condiciones de España».

Aunque admite que la acción del medio natural no es tan influyente en las civilizaciones modernas como en las primitivas, Carracido subraya con tono biologista la necesidad de estudiar el ambiente —ya natural, ya social—, y hasta analiza la variedad de flora en España, así como su situación geográfica, un «microcontinente», un «microplaneta», «territorio a la vez europeo y africano».[14]

Al tratar de inventariar nuestra herencia intelectual y notar el gran vacío de ciencias matemáticas y experimentales, se pregunta: ¿se trata de una ineptitud radical, de holgazanería como vicio endémico dominante, de falta de antecedentes hereditarios o de medio ambiente social? El factor étnico es de papel secundario para Carracido: tanto los «dolicocéfalos» como los «braquicéfalos» son igualmente aptos e ineptos para la ciencia. El elemento semita y africano no nos aparta de la cultura europea. Y concluye: ni uno sólo de los factores naturalistas (suelo, clima, condiciones orgánicas de la raza) puede conceptuarse desfavorable al desarrollo de la ciencia. «La causa de nuestro atraso científico no está en defecto alguno congénito, sino en circunstancias accidentales del pro-

---

[14] Rodríguez Carracido, José: *Estudios histórico-críticos de la Ciencia Española* (Madrid: Establecimiento Tipográfico de Fortanet, 1897). p. 25.

ceso histórico» (pág. 42). Y aboga por lo que llama «colaboración del medio social al cultivo de la ciencia».

Como con otros problemas de su época, Unamuno se encara, ya desde sus primeros escritos, con éste de la ciencia. Nadie como él ha gritado y martilleado contra ese marasmo secular, el atraso cultural de nuestro pueblo, cuyas enfermedades endémicas han sido: la ideofobia, la logorrea, el cientificismo, el odio a lo nuevo y culto dogmático a lo viejo, el agarbanzamiento casticista. La vida intelectual, sin corrientes vivas, es un pantano de aguas estancadas y palúdicas, la «charca nacional».

Un capítulo integral del pensamiento español de fines del XIX y generaciones de principios del XX es la «psicología de los pueblos». Nos es imposible concebir *En torno al casticismo* (1895) desde otras perspectivas. En este ensayo Unamuno pone a prueba los valores de las teorías y métodos de la «nueva ciencia». Contra la *Völkerpsychologie,* que concentra sus miradas en lo particular nacional y regional, en la historia, en el pasado tradicional, en el medio natural y casticista, Unamuno proclama la europeización, la intrahistoria presente, lo clásico universal, el cosmopolitismo cultural, lo eterno humano.

En cuanto a la ciencia, aboga por su nacionalidad cosmopolita y universal, su no casticismo. La ciencia llegará a su estadio ideal conforme vaya purificándose de lo cualitativo, de lo vulgar y castizo, para revestirse de lo cuantitativo y racional, mediante esas fórmulas universales enchufadas unas con otras. El arte, siempre con más lastre casticista que la ciencia, deberá tender igualmente hacia ese universalismo y eternidad propios de lo *clásico.*

En esa tradición eterna, madre del ideal, radica toda regeneración nacional. El método a mano, la europeización. Y concluye haciendo una llamada a esa juventud animosa y libre que «abriendo el pecho y los ojos a las corrientes todas ultrapirenáicas y sin encerrarse en capullos casticistas, jugo seco y muerto del gusano *histórico,* ni en diferenciaciones nacionales excluyentes, avive con la ducha reconfortante de los

jóvenes ideales cosmopolitas el espíritu colectivo intracastizo que duerme esperando un redentor».[15]

En *El árbol de la ciencia,* Andrés Hurtado —doble de Baroja—, al relatarnos su vida de estudiante en Madrid, nos da una visión deprimente del ambiente intelectual en que se forma, «un ambiente de ficciones, residuo del pragmatismo viejo y sin renovación».[16] «Madrid seguía inmóvil, sin curiosidad, ni deseo de cambio» (pág. 12). Se vivía un optimismo absurdo de desprecio a lo extranjero, como la infatuación de que todo lo español era lo mejor. «Esa tendencia natural a la mentira —escribe— a la ilusión del país pobre que se aísla, contribuía al estancamiento, a la fosilización de las ideas. Aquel ambiente de inmovilidad, de falsedad, se reflejaba en las cátedras» (pág. 13), en las bibliotecas y laboratorios — sin pasar por alto la sala de disección— y en el profesorado, cuya «preparación para la ciencia no podía ser más desdichada» (página 15), contribuyendo irreparablemente «al embrutecimiento metódico de la juventud estudiosa» (pág. 124).

Pero no todo es negativo en Baroja. A pesar de ese ambiente y del concepto pesimista de la vida de su tío Iturrioz, Andrés —que tenía un algo de precursor— mantiene una fe firme en la ciencia, como la «única construcción fuerte de la Humanidad... La ciencia marcha adelante —dice—, arrollándolo todo» (pág. 135).

La «psicología de los pueblos» pierde vigor, entrado el siglo XX, al establecerse otros conceptos de sociología sobre bases diferentes: producción, clases sociales (marxismo), conducta, estadística, etc. Por otra parte, la nueva historiografía (Dilthey, Ortega, Américo Castro), con su visión futurista, dinámica y vitalista del agente histórico, pasará por alto la naturaleza, el pasado, esos elementos conformadores de nacionalidades. El mito del «eterno español» (Menéndez Pidal), la estratificación de su genérica caracterización, el relativismo

---

15 Unamuno: *Obras,* I, 869.

16 Baroja, Pío: *El árbol de la ciencia* (Madrid: Alianza Editorial, 1976), p. 12.

de su psicología, nos llevaría, en términos de don Américo, a una «congelación» de la vida española, a una «fatalización de su historia».

La *Völkerpsychologie* ha quedado, pues, relegada a pura metáfora de poetas o a retórica interesada de fascismos y racismos modernos, de nacionalismos y regionalismos extremistas y absurdos, es decir, a palabra vacía de contenido científico conformador de pueblos y naciones —como en el siglo XIX—, pero con un poder electrificador —y hasta cegador— de masas y facciones en un sentido puramente moral.

ANIANO PEÑA
Mary Washington College
Fredericksburg, Virginia